

JAVIER PÉREZ ANDÚJAR  
PASEOS CON MI MADRE

TUSQUETS  
EDITORES

Cuando vuelvo a San Adrián del Besòs paseo con mi madre siguiendo la orilla del río. Aunque hace tiempo que esta zona se llama Parque Fluvial del Besòs nos es imposible dejar de decirle *el río*. Igualmente, a San Adrián no vamos a llamarle de otra manera, quizá porque a ratos nos desentendemos de la historia, y viceversa. La mayor parte del año, el río Besòs tiene un cauce estrecho y de poco fondo; de niños, cuando aún no se había recuperado el cauce, lo pasábamos andando y las mierdas que el curso recogía de las cloacas nos tropezaban en las piernas. Las llamábamos submarinos. Pero también es un río con extraordinarias crecidas y, hasta que no lo canalizaron, provocó algunas inundaciones catastróficas. La más recordada es la del año sesenta y dos, que dejó cerca de ochocientos muertos a lo largo de su recorrido. El río, cuando da, pide más que cuando pide. Mi madre y yo veremos una vez cómo una ola marina lo cubrirá igual que una manta de agua metiéndose a toda pastilla corriente arriba con su sonido inconfundible de ola de playa. Es el macareo, la ola que escupe el océano por ríos y estuarios cuando se atraganta.

En nuestro paseo, nos ponemos a recordar. Mi madre viene con noticias remotas, y yo retrocedo hasta la más pura esencia de ser el hijo de la Isabel. Viene con la memoria de la infancia, habla de las cosas del pueblo, de la gente rural, de higueras con fantasmas, de amolanchines ambulantes y de vendedores de miel de caldera que iban en mulo. Algunos días parece que ande por el río más gente que nunca. Grupos de ciclistas vestidos de neopreno; los viejos a paso rápido como huyendo del médico de cabecera; el hombre con su perro y con la correa en la mano. Las camisetas serigrafiadas de los vecinos que marchan arracimados con un cartel que lleva escrito: La Mina camina. Por la otra orilla del río, la del lado de la incineradora de basura, va menos personal. En la otra margen del Besòs lo que hay es un montón de conejos, y cuando no se ven les echan la culpa a los chinos. Pero los chinos lo que están haciendo ahora es celebrar con disfraces y canciones su entrada en el año del conejo, que tiene fama de ser propicio para los negocios. A veces sale uno, quiero decir un gazapillo, brincando por el césped del río como un dado en un tablero; aunque sobre todo se sabe dónde están los conejos por sus excrementos, cagarrutas en forma de pelotitas negras. Dicen los filólogos que conejo es una palabra que viene del ibero y que luego pasó al latín. Es el mismo caso que el de muchas familias de Barcelona, que vienen de la prehistoria del campo y que luego se integraron en el ámbito del derecho romano y en la legislación de las comunidades de vecinos. Sobre la isleta que los

conservacionistas han propiciado en la desembocadura del río, vuelan garcetas y garzas reales. Ambas son ya población estable del delta del Besòs. También hay tortugas. Y patos que se dejan llevar por la corriente, hasta que se hartan, como todo el mundo, y alzan el vuelo. Algunos dicen que los chinos se los están comiendo igual que a los conejos. Las gaviotas siguen de plantón en el agua, en bloque, a la manera de guerreros de Xi'an, viendo venir la corriente como si vieran llegar a su madre volviendo del mercado. La mancha negra de un cormorán aletea sobre la mancha blanca de agua caliente que la depuradora devuelve al lecho del río. Una bióloga que lleva dos años observando la fauna en este sitio me explica sin apartar los ojos de los prismáticos que el otro día vio un martín pescador. Eso significa que las aguas están completamente limpias. Ahora hay charcas con ranas donde antes había charcos con ratas. Con sólo cambiar una letra puede transformarse el mundo, esto es lo que saben los poetas. Ya en la desembocadura, la gente va a pescar, muchos con caña, pero otros con el sedal a pelo, y el sitio se llena de latas, restos de comida, cartones, plásticos, y así tiene el río ahora una contaminación más moderna, más de consumo, que aquella contaminación puramente industrial de los años setenta.

Los ojos azules de mi madre, su pelo ensortijado, su sonrisa tan inmediata, que estoy viendo desde el principio de mis días, su ropa de luto ahora, como si ella también hubiera tenido que irse lejos. Pasa el

tren y el puente de hierro tiembla sobre nuestras cabezas y deja un olor a vía caliente. Buscamos los caminos donde la hierba anda menos empapada de rocío, y aun así los zapatos se nos salpican de tierra, de barro, igual que a caminantes machadianos.

Todo el paisaje de San Adrián se va trasvenando de fantasmas, de aparecidos vagabundos, de gente que ha vuelto de golpe cuando nadie se acordaba de ellos. Espectros exhaustos tras años de peregrinaje. Algunos llevan al hombro un bolso con sus ropas, y se deslizan bajo las columnas de la autopista como una culebra entre las patas de un elefante.

Casi veinte años viviendo en esos pisos viejos de Barcelona, de suelos de mosaico y tuberías de hierro, y sabiendo que ni uno de los pasos que he dado por sus aceras va a hacerme de esta ciudad, y así cada semana regreso a la periferia, al río, a los bloques, a la autopista, a las vías, cada vez en busca de una dosis de mí mismo. Pero nunca me encontraré tan lejos de mi historia como cuando llego a San Adrián, porque aquí ya no hay nada de lo que persigo. Son fantasmas lo que salgo a cazar, y a algunos voy a encontrármelos.

¡No veas cómo me acuerdo de ti, cha!, me dirá uno, el Miguelito, con la voz rota por el heavy metal y la metadona. ¡No veas cómo me acuerdo de ti, cha!, vuelve a exclamar, y lo repetirá todo el rato; porque ya no hay nada detrás de ese recuerdo y porque yo tampoco existo y me he convertido también en recuerdo. Nos sonreímos para no tener que hablar. Él es un fantasma, y yo onirismo. No veas cómo me acuerdo

de ti, cha, insiste queriendo acordarse de algo o de todo. Luego sacará del bolsillo una cartera partida por la mitad y un trozo se le caerá al suelo, y va a agacharse torpemente para recogerlo y sus brazos son una encrucijada de ríos azules. Lo que quería enseñarme era un pase de Servicios Sociales para los transportes públicos. Mira, cha, he venido en metro. Uno siempre enseña lo mejor que tiene. Él es un fantasma que va a preguntarme por toda mi familia. No veas cómo me acuerdo de ti, cha. Y luego cambiará de expresión, como arrepintiéndose de haber hablado, y continuará: ¿Sabes qué pasa, tío?, que no me gusta recordar, que cada vez que recuerdo me pongo a llorar. Y entonces voy a dejar al Miguelito solo bajo la autopista con la bolsa de la ropa en el suelo como si estuviese esperando su tren.

Viven en el río dos familias de lituanos, en tiendas de campaña. Se han instalado ahí, a la orilla, lavan la ropa en la corriente y la tienden, o más bien la extienden, sobre los arbustos. Mi madre ha llamado tarales a esas plantas. Uno rubio, un chaval con cara de pocos amigos, pesca con una miga de pan clavada en el anzuelo. Explica que hay unos peces muy gordos y muy buenos, y aunque al hablar parece más amable no pierde el gesto de desconfianza. Cuenta que busca trabajo en un castellano hecho de unos pocos sustantivos y unos cuantos verbos sin conjugar. Cada vez que uno de ellos pronuncia la palabra trabajo le sale de los labios un mazazo de súplica. Luego añade el chaval del pelo rubio que no le queda nadie en Li-

tuania, que se quemó su casa y que en el incendio perdió todo lo que tenía y también a sus padres. La vieja, la común cantinela de quien le ha pegado fuego a sus pasos. Las palabras que va diciendo se funden en el murmullo de la depuradora. A ratos, cruza por encima de nuestro corro un sonido de vapor a presión, como si chistase el pasado fabril desde el más allá, como si les ordenara una y otra vez silencio a la gente y a la naturaleza recuperada. Al lado del lituano hay un hombre con los labios apretados y con las manos metidas en el anorak. El flequillo apelmazado en la frente, el lametón de una vaca sagrada. Está haciéndoles compañía a los muchachos. Nos ha contado que es del Pakistán, de la región donde hace poco hubo tanta tragedia con el agua, pero no señala al río, y que es amigo de estas dos familias. Viene a visitarlas de vez en cuando, pues resulta que también es su antiguo casero. Las tenía realquiladas en su piso del barrio de Sant Roc, en Badalona, donde los primeros gitanos impusieron sus leyes y ahora viven asustados, y después de cuatro meses sin que le pagaran tuvo que echar a las dos familias a la calle. El lituano asiente a estas palabras y sonrío por primera vez. Ahora el paquistaní les cobra por dejarles lavar la ropa en su casa, ha dicho, sin reparar en la ropa tendida de las matas. En los ojos del grupo hay un grito cristalizado, está atornillada a su mirada una petición urgente de ayuda que me hace comprender que cada segundo más de conversación es un rato más de vanas esperanzas que les estamos dando mi madre y yo. ¿Y también os cobra

por la ducha?, les preguntamos; pero el chaval rubio contesta que se lavan gratis en las duchas de la playa. Continúa brevemente sus explicaciones y señala que, si no fuera por los mosquitos, esta parte del río sería muy buena para quedarse más tiempo. Cuando nos vamos, mi madre me dice que el paquistaní les estaba vigilando y no visitando. Cuidado con ese, que es un pez de dos colas, me ha advertido.

En la abertura de una cloaca que hay en el muro de canalización del río alguien ha dejado un colchón andrajoso. Cerca de la orilla un barco viejo extrae arena del fondo del mar empleada luego para regenerar las playas de Barcelona. Ha empezado a formarse en la desembocadura una duna que los ecologistas celebran como el hortelano que ve salir los primeros tallos de su siembra. Entre la oscuridad de la cloaca distinguiré desenvolverse una forma humana. Será el fantasma que se me había aparecido debajo de la autopista. ¿Pero no te ibas a casa de tus padres?, le voy a preguntar ya no sé si por saber o por piedad. El Miguelito se nos acercará a mi madre y a mí, y a cada paso parecerá que va a desmoronarse. Pero se mantiene maravillosamente en pie.

¡Qué va, cha!, vendieron el piso sin que yo supiera nada y ahora vive una gente muy chungu. Me he metido aquí por estar en alguna parte, dice refiriéndose a la cloaca; pero voy a tener que abrirme. Ahí dentro no se puede parar. Cada dos por tres sale una bocanada de agua y me desmonta el chiringuito, y entonces ha señalado el colchón.



¿Adónde vas a ir?, sigo preguntando.

¡A ti te lo voy a decir!, responde con un aspaviento y desaparece volviendo a su agujero.

Mi madre me pregunta de qué lo conozco, y le recuerdo cuando también ella lo conocía. Saliendo del río nos vamos a la playa por la duna recién nacida. A la orilla del mar las olas se desmayan como naufragos que acaban de llegar a tierra. Vuelan las gaviotas entre las tres chimeneas de la central eléctrica, y parece que estemos delante de esas estrellas que se apagaron hace millones de años pero que todavía se siguen viendo. O quizá delante de las tres letras del *TBO* convertidas en monumento. Han dejado clavada una vara en la arena igual que queda una jabalina hincada en un animal agonizante. En tierra las barcas de los pescadores llevan siglos bocabajo. El sol del mediodía caldea el viento frío que viene del mar y pasa igual que un fantasma entre nosotros. La carcoma se va comiendo la madera de las barcas.

Libros de Javier Pérez Andújar  
en Tusquets Editores

ANDANZAS

Los príncipes valientes  
Todo lo que se llevó el diablo  
Paseos con mi madre